



Parque Nacional Estancia Pinas

Ernesto S. Castellano
TRADICIONES DEL OESTE CORDOBES

RELATOS DE PINAS

LOS APARECIDOS *Para salomón Sabas (poeta)*

Es una antigua leyenda del camino de Pocho, que saliendo de Capilla del Carmen se juntaba en El Chelco con el de la ciudad de Córdoba que pasaba por Cruz del Eje y Soto. Más adelante en el Bermejo, esta huella se unía a la del sud o del Portezuelo de Arce, la nuestra.

Según la tradición, Los Aparecidos salían en una travesía en Los Llanos, al fondo de la gran estancia de Pinas, que entra en La Rioja; era una zona despejada, con escaso monte chico de churquis y jarilla, en cambio grandes árboles, algarrobos y quebrachos daban relieve al paisaje y aún cierta solemnidad. Los Aparecidos han asustado muchísimos viajeros y ocasionado disparadas en los arrees; los chicos de Pocho cuando los mayores en la noche, en el patio en rueda del mate, narraban cuentos de Los Aparecidos, se tapaban al cabeza para dormir.

Larga jornada para llegar a San Nicolás donde había agua abundante, encierro para el ganado y algarroba para las mulas. Han pasado El Cadillo, Balde de la Olla y Balde Salado. Los arrieros apuran, apuran...

— ¡Eha!, ¡Eha!, ¡Eha!

Adelante el puntero, a uno y otro lado “los paleteros” y atrás el capataz y el marucho con las “mansas” que tienen miedo de ir adelante.

Oscurece. Soledad. Voces que se apagan en la noche y atrás, larga estela de polvo blanqueado por la luna.

De pronto, tremendo tropel, la hacienda se arremolina y huyen al norte. No son vampiros o ataja caminos que vuelan sin ruido asustando, son Los Aparecidos, altos fantasmas de hábitos talarés, negros, que se deslizan silenciosos de a uno a otro árbol.

El escalofrío del miedo corre por la espalda de los arrieros que sacuden las mulas, clavan las espuelas y atropellan batiendo los ponchos.

___ ¡Tes...! ¡Tes...! ¡Tes...!

Vuelta la hacienda a la huella, restablecida la calma, Manuel Salguero, mentado capataz, alto, moreno, delgado, de barba rala y listada entre cana, aconseja:

___ *No se asusten muchachos. Son ánimas en pena de las viejas guerras. Recemos por ellas.*

APUESTA DE “DON POLI”

Don Poli, Polinesio Ceballos, mentado arriero, fantástico y decidido, apostó una vaca gorda para charqui a que pasaba de noche, solo, desafiando a “Los Aparecidos”. Pidió a su patrón don José María Soria el caballo negro que le regaló Guayama, mentado por lo bueno y guapo, y se largó. Ganó, pero llegó sin sangre a Balde Salado.

___ *Me siguieron largo trecho los fantasmas, oía lamentos, sollozos. Hacía la señal de la cruz con el cuchillo, perdí la vaina. He rezado como cincuenta avemarías.*

LOS ENTIERROS

Manuel Salguero, cuyo nieto Juan Manuel Salguero vivió en esta ciudad [Villa Dolores] en la calle San Luis 1100 y fue correctísimo empleado en el Correo. Toda la familia fue ejemplar, mezcla de conquistadores hispanos, indios huarpes y esclavos del cura vasco Basilio Cincunegui, dueño de Pinas y fundador de la capellanía de este nombre.

A don Salguero lo crio y acaso fue su padre natural, don Isidro Zárate, famoso matador de tigres, único en la historia, que cuando los perros empacaban al tigre, llegaba resuelto y al saltarlo, le metía la mano izquierda envuelta en un ponchito en la boca, mientras con la derecha lo apuñalaba buscándole el corazón del animal.

Don Isidro, de mediana estatura, blanco, espaldado, recio, se vanagloriaba de no haber usado jamás bombacha ni pantalón, ni bota ni calzado alguno sino chiripá listado, burdo y tejido a pala y gruesas usutas de quijada de toro. Solía decir que el tigre tiene un aliento muy desagradable, nauseabundo, que era lo que más le molestaba en las peleas. La gente comentó, después, que ese aliento, al cabo de años, le produjo la enfermedad terrible – debió ser cáncer de cara – que se lo llevó.

Isidro Zárate fue capataz del cura Cincunegui y llegó a ser hombre rico en hacienda y dinero efectivo; sospechaba la gente que debía tener “entierros” de cóndores chilenos, plata boliviana sellada y chafalonia.

Pinas. Mediados del siglo pasado. [aprox. 1850]. En la lagunita las gallaretas hacen su croar desagradable. Atardece. Hacia los llanos el horizonte rojo, en la cima de la sierrita refulge apenas el último sol. Don Isidro está muy grave. Dicen que ocurrió este diálogo:

___ *Manuel.*

___ *Tata.*

___ *¿Me moriré pronto ...?*

___ *No se Tata.*

___ *Creo que sí ¿recuerdas, Manuel, cuando siguiendo esa hacienda arisca, “cardonera” que no baja al agua, dormimos en La Atravesía y yo te confesé que tenía “entierros”?*

___ *Sí, Tata.*

__ *Antes de morir quiero enseñarte un secreto. Ayúdame.*

Trabajosamente se ató el chiripá, metió los pies en las usutas y temblando dio un paso... dos... se le nubló la vista y si no lo hubiera tenido Manuel, se desploma, dio un paso atrás...dos... y se dejó caer en el catre de tientos cubierto de cueros de guanaco... Al rato abre los ojos. Sudor frío en la frente y en las manos.

__ *Manuel... Me muero... Los entierros son cuatro, un cantarito chico de cóndores, dos de plata sellada y uno más grande de chafalonía de oro y plata. Ya no puedo más... Buscalos allá; con el brazo esquelético señala al norte – bañadito... oratorio... Acercame ese santo Cristo que me dejó don Basilio... Lo llevó a los labios y se quedó inmóvil para siempre.*

Siguiendo esa tradición, muchos han excavado en la vecindad y aún adentro del oratorio, sin resultado, aunque otros sospechan que Manuel Soria, el “Zurdo”, hermano de Ramón e Ignacio, pudo encontrar algo; vivía en El Chapino y falleció joven, repentinamente, dejando bastante dinero en efectivo. -

Investigación:

www.capillasytemplos.com.ar

Fuente de consulta:

CASTELLANO, Ernesto S. *“Tradiciones del oeste cordobés”*. Segunda parte. (Fragmento)
Gráfica Libaak. Villa Dolores (Córdoba), 1983.
